

## MAMALNI E INDIOS EN NOOTKA APUNTES PARA UN ESCENARIO<sup>1</sup>

### EL CONTACTO DESDE LA PERSPECTIVA DE LOS INDIOS.

Mucho tiempo después de que Quautz, el Dios creador de los indígenas de Nootka, modelara al hombre de la mucosidad de la mujer primigenia, los ciervos vieran crecer astas sobre sus cabezas, los perros colas y las aves alas, algunos nativos Hesquiaht<sup>2</sup> contemplaron con horror cómo una corpulenta máquina iba acercándose poco a poco a su costa. Se trataba de una extraña casa flotante con postes y cuerdas de las que parecían pender calaveras humanas. Los ancianos pensaron que manejaban el artefacto cadáveres humanos compuestos únicamente de huesos. Solamente los más valientes no se escondieron y se atrevieron a acercarse en sus canoas a aquella impresionante mole. Aunque, según fuentes españolas, no llegaron a subir a bordo, parece que recibieron algunos regalos de aquellos seres blancos que pronto comenzarían a frecuentar sus casas. Los llamaron *mamalni*, que en su lengua significa «aquellos que viven en casas flotantes».

Aquella «casa flotante» no era sino la fragata Santiago que, en 1774, al mando de Juan Pérez avistaba la entrada de Nootka, y las calaveras colgadas que los indígenas creyeron ver eran las vigotas o poleas de arboladura y velamen del buque, pero de esa forma relatan algunas tradiciones orales el primer encuentro de los Nootka con los blancos<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> El texto que aquí se publica es una versión ampliada y modificada de una ponencia presentada a las *Segundas Jornadas sobre España y las expediciones científicas en América y Filipinas* que se celebraron en el Ateneo de Madrid en 1994. Incluyo en las notas las múltiples fuentes originales, así como la bibliografía de la que me he valido.

<sup>2</sup> Grupo indígena que habitaba en el extremo sur de la entrada de Nootka. Sobre los Nootka (hoy Nuuchahnulth), véase Eugene ARIMA, *The West Coast (Nootka) People*, Victoria, B.C., British Columbia Provincial Museum, Special Publication, 6, 1983, y Eugene ARIMA y John DEWHIRST, «Nootkas of Vancouver Island», Wayne SUTTLES (ed.), *Handbook of North American Indians, Vol 7: Northwest Coast*, Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1990, pp. 391-411.

<sup>3</sup> José Mariano MOZIÑO registra una versión indígena de esta llegada: *Las «Noticias de Nootka» de José Mariano Moziño*, Fernando MONGE y Margarita DEL OLMO (eds.), Aranjuez-Madrid, Doce Calles, 1999. Véase además, Barbara S. EFRAT y W.J. LANGLOIS, «The Contact Period as Recorded by Indian Oral Tradition», D.A. MUISE (ed.), *Approaches to Native History in Canada*, Ottawa, National Museums of Canada, History division Paper, 25, 1987, pp. 65-86.

Sin embargo el carácter mitológico que atribuyeron a los blancos apenas se mantuvo muy poco tiempo, puesto que muy pronto aquellos visitantes, fueran comerciantes de pieles o «altruistas» exploradores, iban a ser incorporados a una extensa y compleja red comercial nativa<sup>4</sup> que se extendía al menos a lo largo de 1.600 kilómetros de la llamada Costa Noroeste de Norteamérica, se adentraba en tierra y llegaba incluso hasta Siberia.

Como es fácil suponer, las guerras jugaban también un importante papel en esta extensa red de relaciones pues, a menudo, los artículos de comercio o los territorios de los que se obtenían las materias primas que se comercializaban, eran objetivo de incursiones bélicas que se caracterizaban generalmente por el factor sorpresa.

Gracias a estas rutas comerciales los pueblos situados de forma estratégica en la red gozaban de una clara superioridad sobre los demás, siempre que fueran capaces de gestionar y defender sus recursos y su posición de forma adecuada. Así, los feroces y orgullosos Tlingit gozaban de una privilegiada ubicación en la franja meridional de Alaska, y este hecho los había convertido en el grupo más rico, pudiendo aprovechar en su beneficio las grandes entradas de mar, buenas rutas hacia el interior del continente y siendo ellos mismos pueblos difíciles de atacar<sup>5</sup>.

Ahora bien, la interrelación entre los distintos grupos indígenas no se reducía al contacto comercial o bélico, y la división entre ellos no era tan clara como cabría esperar, a pesar de las tremendas diferencias lingüísticas que les podían separar. Dentro de la Costa Noroeste existía una serie de redes sociales o sistemas sociales regionales, tal como indica Wayne Suttles, que superaban cualquier barrera lingüística, «tribal» o cultural. Sin ser idénticos, distintos pueblos compartían, por encima de las diferencias, una consideración semejante con respecto al «estatus social y las obligaciones interfamiliares que el matrimonio acarrea»<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> Los artículos escasos o «de lujo» se comerciaban a lo largo de toda la costa. Así de los Tlingit se podían obtener mantas de lana de cabra montesa y corteza de cedro (las famosas y apreciadas mantas chilkat), pieles de armiño, planchas de cobre nativo (que conseguían a su vez del área del río Copper o Cobre, al sur de la entrada del Príncipe Guillermo) y cestas de raíz de picea; de los Haida, canoas de una sola pieza; de los Tsimshian, cucharas de asta de cuerno de cabra montesa, sonajeros con forma de cuervo, tocados de danza, y aceite del llamado pez candela («eulachon» o *Thaleichthys pacificus*, un tipo de eperlano); de los Bella Coola, los mejores cazadores de cabra montesa (*Oreamnos americanus*), la lana y cuernos; de los Kwakiutl, capas de cedro amarillo y utensilios de madera; de los Nootka, canoas de una sola pieza, dientes de tiburón y dentalium (*Dentalium pretosium*); de los Salish costeros, mantas de pelo de perro; de los Chinook, esclavos y pieles de alce; y de los Yurok, tabaco y conchas de abalone (*Haliotis*). En suma, los artículos del norte se intercambiaban por los del sur y los del interior por los de la costa. Eric WOLF, *Europe and the People Without History*, Berkeley, University of California Press, 1982, p. 185.

<sup>5</sup> Ni siquiera la persistente colonización rusa fue capaz de doblegar totalmente a este pueblo. Lidia T. BLACK, «The Story of Russian America», W.H. FITZHUGH y A. CROWELL (eds.), *Crossroads of Continents*, Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1990, pp. 70-82.

<sup>6</sup> Wayne SUTTLES, «Introduction», W. SUTTLES (ed.), *Handbook of North American Indians. Volume 7: Northwest Coast*, Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1990, p. 13.

Unidos por esos criterios, que les permitían llegar a establecer alianzas a través de los matrimonios, y además por una dependencia del medio natural, que era rico pero muy inestable, las relaciones intergrupales no eran sólo bélicas o comerciales, sino también necesarias en temporadas de escasez. El «continuum social» garantizaba la supervivencia en un medio diverso, de forma que el poblado de invierno constituía solamente una entre las varias e igualmente importantes agrupaciones sociales bien definidas de los indígenas, como eran la familia, el grupo doméstico o de casa (compuesto de varias familias), el poblado y la tribu<sup>7</sup>.

Los sistemas sociales regionales no eran, como cabría esperar, estables, ni estaban claramente divididos<sup>8</sup>: distintos factores los podían alterar aunque siguieran funcionando. De modo que, cuando los primeros buques occidentales interesados en la compra de pieles de nutria comenzaron a aparecer por sus costas, los grupos nativos que mantenían un mayor número de contactos resultaban beneficiados, y podían manipular la situación en su provecho. Tal fue el caso de los indígenas de la entrada de Nootka, y más concretamente el de los Mowachaht, quienes gracias a su estratégica posición en el sistema regional y a su habilidad comercial, alcanzaron gran preeminencia entre sus vecinos<sup>9</sup> cuando empezaron a recalar gran cantidad de buques en su territorio.

#### EL CONTACTO DESDE LA PERSPECTIVA DE LOS OCCIDENTALES.

Por su parte los blancos tenían ideas propias respecto del papel que pretendían jugar en aquellas costas y entre aquellos indígenas. El señuelo de los beneficios económicos, el servicio a la corona, o el honor que deparaba la actividad científica (al servicio de cada país, por supuesto), les había llevado a aguas tan distantes. Pero fueran cuales fueren sus móviles, pronto estuvo claro para ellos cuál era su posición en una compleja red comercial y de alianzas que apenas po-

<sup>7</sup> Para el desarrollo de estas líneas de argumentación me he valido de los artículos de Wayne Suttles sobre los Salish Costeros («Variation in Habitat and Culture on the Northwest Coast» –ed. orig. 1960-, «Coping with abundance: Subsistence on the Northwest Coast» –ed. orig. 1968-, «The Persistence of Intervillage Ties among the Coast Salish» –ed. orig. 1963), *Coast Salish Essays*, Wayne SUTTLES, Vancouver and Seattle, Talonbooks and University of Washington Press, 1987, pp. 26-44, 45-63, y 209-230 respectivamente) y su epígrafe sobre los sistemas sociales regionales de su introducción [6] al *Handbook of North American Indians*. Véase además E. SAPIR, «The Social Organization of the West Coast Tribes», *Indians of the North Pacific Coast*, Tom MCFEAT (ed.), Ottawa, Carleton University Press, pp. 28-48 (ed. orig. 1915).

<sup>8</sup> SUTTLES [6], p. 13.

<sup>9</sup> El sistema regional comprendía a los kwakiutl (hoy kwakwaka'wakw) en el noroeste de la isla de Vancouver y territorios adyacentes, los Nootka septentrionales y centrales (hoy Nuuchahnulth) que ocupan la franja oeste de la isla de Vancouver y los Salish Costeros septentrionales que se ubican al sur de los kwakiutl, tanto en la isla de Vancouver como en el continente, SUTTLES [6], p. 13.

dían vislumbrar y el hecho de que los indios trataban de manipular la situación en su propio provecho. Ahora bien, a pesar de ellos la realidad natural y cultural del área no era fácil de comprender.

Siglos antes de pisar realmente esa para ellos remota región del planeta, ya se había escrito y teorizado sobre la misma. Los viajes apócrifos o la creencia en el Paso del Noroeste instigó el interés de las metrópolis por esa perdida esquina del mundo. Cualquier historia de la Costa Noroeste que se precie debería incluir un largo preámbulo en el que se trataran los primeros intentos de aproximación al área, así como las ideas que sobre ella se habían desarrollado con anterioridad a la presencia europea real<sup>10</sup>.

La gran cantidad de literatura referente a esta zona todavía por descubrir, no facilitaba la comprensión de unas culturas y de habitantes de idiomas incomprensibles con los que se topaban ocasionalmente a bordo de sus canoas. Cuando las circunstancias animaban a los blancos a descender de sus naves solían encontrar poblados desiertos y, sin embargo, otras veces eran afanosamente buscados por los indígenas como socios comerciales o aliados de otros competidores europeos.

Para los visitantes, el comercio de pieles consistía en una actividad capitalista en toda su crudeza, dado que buscaba la explotación de los nativos sin los límites que los códigos de conducta de la cultura de origen les imponía. Era necesario exponerse, no obstante, a los rigores de una navegación tan prolongada como azarosa, así como al arriesgado contacto con los indígenas. Por si ello fuera poco, los grandes beneficios que obtuvieron en los primeros encuentros comerciales, pronto disminuyeron considerablemente. Los indios eran, como he indicado anteriormente, experimentados comerciantes. Agotaban a los comerciantes de pieles en largos rodeos y discusiones antes de que aparecieran en el trato las pieles de mejor calidad. Se valían de toda clase de trucos y recursos que exasperaban a los extenuados viajeros. Daba la sensación de que cuanto más descendiera el margen de los beneficios de los comerciantes de pieles, más aumentaba la desconfianza hacia los indígenas.

Ni siquiera podía descartarse la eventualidad de un ataque por sorpresa de los nativos; de hecho en muchas ocasiones, aunque no siempre, este tipo de ataques representaba la respuesta de los indios a las injurias y maltratos que habían recibido de expediciones anteriores. La pauta del intercambio solía ser la siguiente: los blancos no descendían generalmente a tierra y los nativos no podían subir a la cubierta, excepto en el caso de los nobles que iban a llevar a cabo el comercio, y aún éstos en número muy limitado. Las bordas de los buques de los europeos estaban protegidas por redes que impedían el acceso a la cubierta a excepción de algunos puntos fuertemente defendidos. Con estas medidas de seguridad y con las armas de fuego, los blancos se sentían más seguros.

---

<sup>10</sup> Barry M. GOUGH, *The Northwest Coast. British Navigation, Trade and Discoveries to 1812*, Vancouver, B.C., University of British Columbia Press.

Sin embargo, el nivel relativamente bajo de conflictividad entre ambos pueblos no parecía deberse a la supuesta superioridad que conferirían las citadas armas de fuego, tal como pueden hacer creer los diarios de los exploradores y comerciantes, ya que éstas sólo podían efectuar un disparo y además no eran muy precisas; en casos de lucha cuerpo a cuerpo las posibilidades de volver a cargar eran muy remotas. En estas ocasiones, las armas de los indígenas eran mucho más eficaces. Además los indios pronto poseyeron arsenales de armas de fuego y polvorines capaces de igualar o superar los que los navegantes llevaban a bordo.

La verdadera razón de la «armonía» entre los blancos y los nativos residía en el interés de ambas partes por mantener un contacto amigable, estable y comercial. Naturalmente una relación mutua positiva era necesaria, pues allí donde otros occidentales arrasaban un poblado, perdían el suministro de pieles y sembraban la desconfianza entre aquellos grupos a los que llegaban las noticias de los estallidos de violencia. Los comerciantes de pieles se adaptaron enseguida a la sociedad nativa por propio interés, es decir, establecieron su comercio con los jefes que actuaban como intermediarios (siempre y cuando, claro está, no encontraran el medio de llegar a sus proveedores abaratando los costos).

En el caso de los Mowachaht de la entrada de Nootka la situación era mucho más compleja, ya que la entrada que ellos controlaban casi totalmente, no sólo era objeto de interés por parte de los comerciantes de pieles sino que, además, era la causa de una agria disputa entre los poderes coloniales británico y español.

A Nootka habían llegado también españoles más interesados en reclamar la soberanía de aquellos territorios que en las pieles de nutria que estaban confirmando a los indígenas una preeminencia en la zona jamás imaginada anteriormente por ellos. A diferencia de las actividades comerciales rusas en el área más septentrional, o del estallido comercial de la actividad británica tras la publicación póstuma del diario del tercer viaje de Cook en 1784<sup>11</sup>, los españoles actuaron siempre como reacción a todas estas actuaciones<sup>12</sup>. Impulsados por el temor a la presencia rusa, chocaron con los británicos en 1789 en Nootka Sound cuando dos oficiales impulsivos, Esteban Martínez por parte española y James Colnett por la británica, intentaron afirmar su soberanía sobre la del rival<sup>13</sup>. El resultado de la

---

<sup>11</sup> James COOK y J. KING, *A Voyage to the Pacific Ocean Undertaken by the Command of His Majesty, for Making Discoveries in the Northern Hemisphere* (3 vols.), London, W. and A. Strahan, 1784; o la edición crítica del diario de Cook y King en John C. BEAGLEHOLE (ed.), *The Journals of Captain James Cook on His Voyages of Discovery* (4 vols). Vol 3: *The Voyage of the Resolution and Discovery* (2 tomos), Cambridge, Published for the Hakluyt Society at the University Press.

<sup>12</sup> C. ARCHER, «Spanish Exploration and Settlements of the Northwest Coast in the 18<sup>th</sup> Century», B. EFRAT y W. LANGLOIS (eds.), *Captain Cook and the Spanish Explorers on the Coast*, Victoria, B.C. Province of British Columbia, pp. 33-53.

<sup>13</sup> Aunque sobre el incidente de Nootka es numerosa y apasionada la bibliografía, remitimos al lector a las obras de Warren L. COOK, *Flood Tide of Empire. Spain and the Pacific Northwest, 1543-1819*, New haven, Conn., Yale University Press, 1973; Gough [1] pp. 127-145; L. MILLS, «The Real Significance of the Nootka Sound Incident», *The Canadian Historical Review*, Vol. 6,

disputa entre ambos hombres de carácter impulsivo no fue otra que la controversia o crisis de Nootka, que casi lleva a España e Inglaterra a la guerra.

España, forzada a demostrar sus derechos sobre los británicos, que contaban a su favor con el diario publicado de Cook en el que se mostraba al mundo que esta nación había precedido a los españoles, recurrió a reclamar la anterioridad de su presencia en la zona, afirmando que las cucharillas de plata, posiblemente españolas, que Cook vió colgadas del cuello de un indígena en la entrada de Nootka procedían del robo que los indios habían realizado a la expedición española de Martínez que avistó la entrada en 1774<sup>14</sup>. Más allá de la verdad de la afirmación de Martínez, dicha estrategia obligó a los españoles a contar con el favor de los indios como testigos del arbitraje que acordaron españoles e ingleses para cerrar la controversia.

De modo que, entre 1789 y 1792 los españoles presentes en el establecimiento de San Lorenzo de Nutka y los que visitaban la zona en distintas naves trataron de granjearse la amistad de los indígenas, que habían perdido a causa de Martínez durante el estallido del conflicto<sup>15</sup>. La seducción era una estrategia necesaria para reclamar la soberanía, tal como afirma Archer<sup>16</sup>. A lo largo de este

---

Nº 2, Toronto, 1925, pp. 110-122; y José de la SOTA, «Nootka: The Crisis of 1789», MINISTERIO DE TRANSPORTES, TURISMO Y COMUNICACIONES (ed.), *To the Totem Shore*, Madrid, Ministerio de Transportes, Turismo y Comunicaciones, 1986, pp. 190-213. Para aquellos interesados en recurrir a los protagonistas, véase: James COLNETT, *A Voyage to the South Atlantic and Round Cape Horn into the Pacific Ocean...*, (facsimil de la primera edición de 1789), New York, Greenwood Press, 1968; Frederick W. HOWAY, *The Journal of Captain James Colnett aboard the 'Argonaut' from April 26, 1789 to Nov. 3, 1791*, Toronto, Champlain Society, 1940; Esteban J. MARTÍNEZ, «Diario de la navegación que [...] voy a ejecutar al puerto de San Lorenzo de Nuca» (1789), *Colección de diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos*, Vol. VI, Madrid, CSIC e Instituto Histórico de la Marina, 1964; John MEARES, *Voyages Made in the Years 1788 and 1789, from China to the N.W. Coast of America ...* (facsimil de la edición de 1790), Amsterdam, N. Israel, 1967; y la versión de MOZIÑO [3].

<sup>14</sup> Esta cuestión es un punto muy controvertido. Pueden consultarse a este respecto las obras históricas ya citadas así como, para la cuestión de las relaciones blanco-nativos: Robin A. FISHER, *Contact and Conflict: Indian-European Relations in British Columbia, 1774-1890*, Vancouver, B.C., University of British Columbia (1ª ed., 1977); y, muy especialmente para el caso español el artículo de Christon ARCHER, «Seduction before Sovereignty: Spanish Efforts to Manipulate the Natives in Their Claims to the Northwest Coast», Presentado a *The Vancouver Bicentennial Conference*, Vancouver, B.C., 1992, pp. 1-60 (en su versión sin editar).

<sup>15</sup> Entre los objetivos que Malaspina tiene cuando visita Nootka en 1791 se encontraba la reanudación de la amistad de los españoles con Macuina, el jefe Mowachaht. Alejandro MALASPINA, *En busca del Paso del Pacífico*. A. GALERA (ed.), Madrid, Historia 16, Crónicas de América, 57; y A. MALASPINA, «Descripción física de la Costa Noroeste de la América ...», F. MONGE y M. DEL OLMO (eds.), *Expediciones a la Costa Noroeste*, Madrid, Historia 16, Crónicas de América, 67, 1991. Un año más tarde, el enviado plenipotenciario español para cerrar el conflicto de Nootka, Juan Francisco de la BODEGA Y QUADRA, desplegará toda su habilidad diplomática para contar con el testimonio indígena a su favor, «Diario de 1792», Salvador BERNABEU (ed.), *El descubrimiento del fin del mundo (1775-1792)*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 159-221.

<sup>16</sup> ARCHER [14].

periodo algunas expediciones de distinto carácter, tuvieron la oportunidad de legarnos una valiosa pintura sobre la situación de los indígenas y de la entrada de Nootka en aquellos años.

Mientras el acuerdo definitivo entre ingleses y españoles se cerraba, el establecimiento español en Nootka se mantuvo hasta 1795. Gracias a las cartas que envió el comandante del asentamiento, Ramón Saavedra, al virrey de Nueva España se puede reconstruir la última etapa de la presencia española en Nootka<sup>17</sup>, en la que el fuerte se convirtió en un cautivo receloso de los indígenas, en una presencia engorrosa para los indios que a veces les socorría en los periodos de escasez o les protegía contra las incursiones de otros grupos indígenas. Tras la partida española de Nootka, este enclave que algunos años antes había sido escenario de una febril actividad, quedó prácticamente relegado al olvido, hasta que en 1803 el buque *Boston* de los Estados Unidos de América fue masacrado por los indígenas. Sólo un superviviente, John R. Jewitt<sup>18</sup> sobrevivió a tres años de cautividad entre los Mowachaht y gracias a su Diario y Narrativa conservamos hoy una pintura bien distinta de los años que siguieron al periodo de apogeo de los nativos.

#### EL CONFLICTO DE INTERESES EN EL CONTACTO.

Hasta ahora hemos visto cuáles fueron las expectativas de los indios sobre el papel de los blancos en la escena y cómo trataron de manipular la relación en su provecho, y por otra parte los objetivos que llevaron a los blancos a la zona, así como las motivaciones de las relaciones que entablaron o esperaban entablar con los nativos. Los intereses y las concepciones del mundo de ambas partes se entrelazaron en Nootka e hicieron de este lugar un complejo escenario en el que las

---

<sup>17</sup> Conservadas en el ARCHIVO GENERAL DE LA NACION DE MÉXICO (AGN, Historia, Tomo 71, Núm. 10). Véase además los trabajos de Mary GORMLY, «Spanish Documentary Material pertaining to the Northwest Coast Indians», *Davidson Journal of Anthropology*, Vol. 1, n.º. 1, Seattle, 1955, pp. 21-42; «Early Culture Contacts of the Northwest Coast, 1774-1795: Analysis of Spanish Sources Material», *Northwest Anthropological Research Notes*, Vol. 11, n.º. 1, Moscow, Idaho, 1977, pp. 1-80; excelente conocedora de las fuentes españolas sobre la Costa Noroeste así como de las relaciones hispano-indias: 'San Lorenzo de Nuca: Indian-Spanish Relationships, 1793-1795' Paper presented at the Annual Meeting of the Society for American Ethnohistory, 10-12 de octubre de 1968, Coronado, Calif.; y su comercio: 'Some Observations on Spanish and Indian Trade at Nootka Sound', presented at the XLIII International Congress of Americanists, 10-17 de agosto de 1979 en Vancouver, B.C.

<sup>18</sup> John R. JEWITT, *Diario y aventuras en Nootka*, Leoncio CARRETERO (ed. y tra.), Madrid, Historia 16, Crónicas de América, 60, 1990 (1ª ed. inglesa: 1807). Para aquellos interesados en la edición inglesa, véase: JEWITT, *The Adventures and Sufferings of John R. Jewitt Captive of Maquina*, Hillary STEWART (ed.), Vancouver, B.C. y Seattle, WA., Douglas & McIntyre, University of Washington Press, 1987.

acciones de unos podían ser interpretadas de modo bien distinto por los otros, e incluso no siempre excluyentes.

De manera que una historia de los acontecimientos ocurridos en la entrada de Nootka durante el último cuarto del siglo XVIII, basada únicamente en las fuentes escritas sólo puede reflejar, como indica Eugene Y. Arima, el punto de vista del hombre blanco, sus intereses y preocupaciones<sup>19</sup>.

En las fuentes de archivo, citando al mismo autor, «existen muchas referencias a los pueblos nativos, sus costumbres y tratos con ellos pero, al mismo tiempo, las observaciones son selectivas y revelan algunas veces una deficiente comprensión de los Nootka [West Coasters], como cabría esperarse cuando pueblos de tan distintas procedencias culturales se encuentran. La versión nativa de la historia es, por supuesto, oral y escasamente conocida. Incluso si los datos escritos se interpretan a la luz del conocimiento general sobre la vida en la Costa Oeste [de la isla de Vancouver], la historia nativa todavía permanece solo parcialmente conocida y escrita esencialmente desde un punto de vista extranjero»<sup>20</sup>. Sin olvidar este sesgo que tan oportunamente indica Arima, hemos de reexaminar la naturaleza relativamente pacífica de la primera etapa de contacto entre los blancos y los nativos en la entrada de Nootka y la Costa Noroeste en general.

Si bien, la primera fase, a la que se denomina de comercio marítimo de pieles (aproximadamente de 1785 a 1812), se considera en general un periodo de aculturación controlada<sup>21</sup>, hasta cierto punto, si cabe, por los propios nativos, es durante este periodo cuando se siembran las semillas de la quiebra del sistema cultural indígena de toda la Costa Noroeste, tal como había venido desarrollándose

<sup>19</sup> ARIMA [1] p. 117.

<sup>20</sup> ARIMA [1] pp. 117-118.

<sup>21</sup> La bibliografía sobre esta cuestión es muy rica. Véase: Leoncio CARRETERO, «El sistema de estratificación social en la Costa Noroeste norteamericana a través del proceso de aculturación, 1774-1921», *Revista española de antropología americana*, n.º. 20, Madrid, Universidad Complutense, 1990, pp. 161-182; Douglas COLE y D. DARLING, «History of the Early Period», W. SUTTLES (ed.), *Handbook of North American Indians*, Vol 7: *Northwest Coast*, Washington, D.C, Smithsonian Institution, 1990, pp. 119-134; W. DUFF, *The Indian History of British Columbia*, Vol. 1: *The Impact of the White Man*, Victoria, B.C., Provincial Museum, Anthropology in British Columbia Memoir, 5, 1964; Robin A. FISHER, «Indian Control of the Maritime Fur Trade and the Northwest Coast», D. A. MUISE (ed.), *Approaches to Native History in Canada*, Ottawa, National Museums of Canada, History Division Paper, 25, 1977, pp. 65-86; FISHER [14]; James GIBSON, «The Maritime Trade of the North Pacific Coast», W.E. WASHBURN (ed.), *Handbook of North American Indians*, Vol. 4: *History of Indian-White Relations*, Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1988, pp. 375-390; «Nootka and Nutria. Spain and the Maritime Fur Trade of the Northwest Coast», Mercedes PALAU y Antonio OROZCO (eds.), *Malaspina'92. Jornadas Internacionales*, Cádiz, Real Academia Hispanoamericana, 1994, pp. 137-159; y J. A. WIKE, *The Effects of the Maritime Fur Trade on the Northwest Coast Indian Society*, Ann Arbor, MI., University Microfilm, Ph. D. Diss., 1967 (Presented in 1951).

en Nootka<sup>22</sup> desde, al menos, el año 800 de nuestra era y, en este mismo sitio, se puede ser todavía más explícito al afirmar que ya tras la retirada de los españoles del fuerte de San Lorenzo de Nutka en 1795, es patente la decadencia y agonía de aquellos grupos que centraron su preponderancia en el monopolio de comercio de pieles y en las alianzas con los blancos.

Aunque tanto dicho comercio de pieles, como el sistema de alianzas suponía para los nativos un estímulo para crecer, el contacto fue acelerando y forzando todo el sistema cultural indígena, sobre todo en aquellos lugares en que, como en Nootka, la presión y presencia blanca fue muy acentuada. Si bien muchos especialistas han visto esta etapa como un periodo de florecimiento de las artes y otras manifestaciones culturales, se pueden apreciar ya en estas mismas culturas síntomas preocupantes. De hecho en esta época varios viajeros españoles hacen mención de la caída demográfica producida por la sífilis y otras epidemias, y a la pernicioso influencia «moral» y social que han ejercido entre los nativos los occidentales<sup>23</sup> (Moziño 1913; *Relación* 1802; Malaspina 1990, 1991).

El crecimiento y breve apogeo de los indígenas de la entrada de Nootka y, en particular de los Mowachaht, producido gracias al aprovechamiento en su favor de la presencia de los blancos en sus territorios, trajo aparejada la aparición de epidemias mortíferas producto de enfermedades desconocidas hasta entonces<sup>24</sup>, así como importantes cambios en los equilibrios de poder y territorio entre los distintos grupos indígenas. Para los nativos que habitaban la bella y enigmática, desde nuestro punto de vista, Costa Noroeste, ya nada iba a ser igual desde el día en que vieron aparecer la primera «casa flotante» en el horizonte. Su dios creador Quautz, encarnado en el hombre blanco sí vino entonces, tal como Moziño dice que pensaban los viejos de la tribu, a imponer una dura penitencia por un pecado tan grave que no conocemos. Sin embargo, nosotros, ocupados en investigar entre papeles viejos las glorias históricas etnográficas de nuestros exploradores en aquellas latitudes, olvidamos que nuestros héroes culturales formaban parte y eran la vanguardia de la expansión y colonización occidentales, con todo lo que ello supone.

En nuestro esfuerzo por reconstituir una historia nativa desde nuestros documentos podemos caer en numerosas trampas. Es posible que, como dicen nues-

---

<sup>22</sup> Véase John DEWHIRST, «Nootka Sound: A 4000 Year Perspective», *Sound Heritage*, Vol. 7, Nº. 2, Victoria, B.C., 1978, pp. 1-29.

<sup>23</sup> MOZIÑO [3]; RELACION, *Relación del viaje hecho por las goletas 'Sutil' y 'Mexicana' en el año de 1792 para reconocer el estrecho de Fuca*, con una introducción de M. Fernández de Navarrete, Madrid, Imprenta Real, 1802; y MALASPINA [15].

<sup>24</sup> De hecho la breve estancia entre los indígenas al norte de la isla de Vancouver de Bruno de Heceta y Juan Francisco de la Bodega y Quadra en 1775 provocó muy probablemente una gran epidemia de viruela que se extendió a lo largo de toda la Costa Noroeste. R. T. BOYD, «Demographic History, 1774-1874», W. SUTTLES (ed.), *Handbook of North American Indians*, Vol. 7: *Northwest Coast*, Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1990, pp. 135-138.

tros exploradores, los nativos recurrían a ese mito para explicar retrospectivamente la llegada del hombre blanco. Desde esta perspectiva fueron los europeos los que construyeron uno de sus mitos más queridos, la llegada de un dios redentor que inaugurara una nueva etapa, un dios blanco, por supuesto; mientras que los nativos simplemente se limitaron a racionalizar un acontecimiento central de su pasado cuyas funestas consecuencias todavía hoy sufren<sup>25</sup>. Sea cual sea el origen del mito, me inclino a pensar que europeo, la historia se construye con un cuidadoso análisis de las fuentes, del contexto y de nuestra posición con respecto a ellos, pero si queremos incluir algo más que la propia justificación de nuestro pasado debemos tratar de ir un poco más allá y reconocer que, ellos también, fueran quien fuesen, también obraron desde una perspectiva racional.

FERNANDO MONGE  
*Centro de Estudios Históricos, CSIC*

---

<sup>25</sup> Para trazar esta conclusión me he valido de algunas de las fuentes de una fructífera polémica que mantuvieron hace algunos años Marshall D. Sahlins y Gananath Obeyesekere sobre la percepción de los exploradores por los nativos (en concreto por los hawaianos y polinesios en general) y la naturaleza de la historia y las relaciones entre los nativos y los blancos en los primeros momentos del contacto. Marshall D. SAHLINS, *Islas de Historia. La muerte del Capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*, Barcelona, Gedisa, 1988 (1ª ed. inglesa: 1985) y Gananath OBEYESEKERE, *The Apotheosis of Captain Cook: European Mythmaking in the Pacific*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1992.